





CUANDO NATALIA
SE VISTIÓ DE ROJO



Rafael Rubio Sanz

CUANDO NATALIA
SE VISTIÓ DE ROJO



Primera edición: marzo 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Rafael Rubio Sanz

© Raúl de la Cruz Acedo: Diseño de cubierta

ISBN: 978-84-17784-12-6

ISBN digital: 978-84-17784-13-3

Depósito legal: M-5950-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado, 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Paula



PRIMERA PARTE:
LA FAMILIA FUERTES ARÓSTEGUI



Capítulo 1

Catalina de Aróstegui

En ese año de 1777 Catalina Aróstegui cumplió los diecisiete. A su edad lo natural era que le gustasen los domingos de ese Madrid de la aburrida corte de Carlos III, su larga misa cantada en la basílica de San Isidro y sus paseos por los jardines del palacio del Buen Retiro donde acaparaba la atención del personal masculino y las protestas contra ese quitasol que les robaba la mirada negra de esa morena de espalda airosa y retadora pechera, que tan sabiamente equilibraba la naturaleza añadiendo el contrapeso posterior.

Era cierto que la villa ofrecía ratos mejores en verbenas y meriendas a las orillas del Manzanares, pero a falta de ellos servían de antídoto contra el pan nuestro de cada día, los interminables momentos de puntada y rosario, los atardeceres en rosa y azul que sucedían al otro lado de su ventana y la crónica real o imaginaria del vecino de arriba, un soltero cuarentón subsecretario de un negociado del Consejo de Indias del que su madre le hablaba con ahínco.

Catalina finalizaba los domingos paseando al anochecer por el salón del Prado, aunque ese año estaba imposible a causa de las obras de la fuente que estaban construyendo en memoria de la diosa Cibeles.

El Paseo de la Ilustración, según corregían los enterados de siempre, era el preferido por la gente bien de Madrid, damas y señorones de peluca empolvada que lo recorrían en coche de caballos haciéndose la visita a golpe de reverencias y abanico, despertando admiración y ensueños en la joven, que al volver a poner los pies en tierra no podía evitar preguntar a su padre:

—¿Pero nosotros no somos Arósteguis? —sintiendo que una injusticia vital les había evitado formar parte de ese mundo al que pertenecían la gente de su sangre.

—Sí, de la rama vasco navarra. Hay también otra en Cádiz, y una tercera en La Habana, pero el solar es el de la primera.

—Háblame de la familia de Cuba, del abuelo Martín.

Podría pasarse horas oyendo historias acerca de ese hombre que salió del Roncal para dirigir el astillero de La Habana, la firma de muchos de los grandes navíos de línea de la flota española, como el Santísima Trinidad¹, detentando además el monopolio del tabaco cubano que llegaba a Sevilla y el de toda la pernería, lonas, jarcias, cañones y balas que desde las herrerías del norte de España se destinaba a la construcción de barcos en Cuba.

—Claro que detrás de él estaba la poderosa oligarquía vasco navarra —puntualizaba su padre, continuando después con la historia de los Aróstegui de Cádiz donde residía la hermana de don Martín, casada con un tal José Iturrigaray...

Pero esa parte ya no le interesaba, preferiría indagar en por qué ellos eran la rama pobre de Madrid, pero esa cuestión siempre se quedaba sin aclarar.

En los días que le apretaba la falta de perspectivas del presente y de un futuro ya escrito, buscaba árnica en los escaparates de la calle de Platerías y en su rica exhibición de fuentes, cruces, arquetas, candelabros y vajillas de plata, dejándose atrapar por las sugerencias de esa impronta criolla en molduras, esmaltes y calados que ponían un sabor vital a la severidad del manierismo escurialense.

—¡Huy!, si yo fuera hombre —se decía, imaginándose en esas tierras del Dorado, donde el valor del soldado era su pasaporte y la audacia del comerciante el suyo, o algo por el estilo, para terminar con la coetilla de siempre «América es la tierra de las oportunidades».

A Catalina no le costaba imaginarse servida en fuente de plata y vestida de sedas en una de esas reuniones donde las mujeres fumaban puros y bebían copitas de ron, mientras comentaban las historias de los lechos más distinguidos de la corte de Carlos III, pero presentía que para llegar a eso la gente del pueblo necesitaba hacerse las Américas.

En ese año de 1777 se produjo un importante acontecimiento en su vida, un oficialito de infantería de línea le puso guardia a la puerta de San Isidro porque un par de domingos antes, ignorando a las personas de respeto que la acompañaban, se adelantó galantemente a ofrecerle agua bendita y de paso acariciarle con su dedo índice la palma de la mano. A ella le gustó su descaro, además de sus piernas como columnas de Hércules enfundadas en el blanco de sus calzones, y como el señor subteniente don José Fuertes Lobón lo advirtió, se plantó junto a la pila con la mano apoyada en el pomo de su espada avisando a los posibles competidores.

1 «El Escorial» de los mares. Navío de Línea de 4 puentes y 140 cañones, buque insignia y símbolo del poderío español en el mar.

Pasado un tiempo prudencial, dos semanas, don José dio el paso siguiente. Según las malas lenguas se atrevió a posar su mano sobre la de la moza, sin adivinar que lo que realmente había hecho era depositar sobre ella un epigrama amoroso que le había escrito un pendolista de la Plaza de la Cebada, porque a él por lo bravo lo que se le pidiese, pero lo de rimar...

—¡Eso es para poetas!

Tras leerlo disimuladamente, y hacer después lo que se esperaba, aparentar ignorancia y desdén, empezó a hacer averiguaciones acerca de ese guapo mocetón de espaldas anchas y uniforme blanco que tan soberbiamente lucía los colores de su regimiento. Y así es cómo se enteró de que se había graduado en la academia de infantería de Ávila, donde se había ganado el aprecio de su director, don Bernardo de Gálvez.

—¿Familia de ese don José Gálvez, visitador de las Américas?

—Sí, de ese mismo —contestaron, augurándole una buena carrera, ya que los Gálvez eran unos protegidos del todo poderoso ministro, el marqués de Floridablanca, y por ende del propio monarca.

Y no es que su informante no valorase sus méritos, pero qué mejor oportunidad para el sexto hijo de un hidalgo castellano con un blasón bordado con el oropel del hambre, que contar con las simpatías de un apellido tan importante en el ejército, una institución donde cualquier ascenso era graciable y no dependía ni de derecho ni de mérito.

Cuando don José Fuertes se enteró de que ella estaba haciendo tales gestiones, lo que tenía que ocurrir ocurrió, y una noche, a pesar de que el rey acababa de iluminar las calles y crear el cuerpo de vigilantes nocturnos, escaló intrépido el balcón de su casa y casi sin mediar palabra le levantó el camión.

Y como los embarazos duran nueve meses, se cuentan como se cuentan, y aunque a tenor de las exigencias del honor habían cumplido con lo demandado, contraer matrimonio, no lograron acallar los reproches de una sociedad que desde que se anunció la boda ya preguntaban cuanto tiempo faltaba para el nacimiento de la que después fue su hija Natalia.

¡Y vaya grado, el de subteniente de infantería!

Como ya es sabido, el ascenso en el ejército dependía del humor del monarca, pero como ellos no tenían un apellido, como el duque de Fernán Núñez que en seis años ascendió desde el grado de subteniente hasta el de coronel, ni contaban con el capital necesario para equipar una compañía, como confesaba sin rubor el capitán Cadalso en sus *Cartas Marruecas*, pues eso, o se asumía la realidad, o sucedía lo que finalmente sucedió, que como a otras muchas esposas, empezó a pesarle la monotonía de la vida militar y el tener que esperar cada

año a que su majestad hubiese tenido a bien acordarse de su marido y, lo que es peor, la cantinela de cada mes, hoy no cobro, el próximo tampoco ¡cuándo nos pagarán! ¿Y qué le contesto al tendero, y al...? Y ¡para colmo!, la obligación de condescender hasta la exasperación con el parecer de la mujer del oficial de mayor rango.

Y gracias a Dios, porque cuando empezaron el regimiento no estaba catalogado como «fijo» y al no tener un destino determinado cada cierto tiempo le tocaba «hacer la muda» y trasladarse a otra plaza, arrastrando enseres y soportando largas jornadas a lomos de caballerías, vivaqueando de campamento en campamento, hasta encontrar acomodo en casa de algún lugareño que se apiadase de ver a una mujer tan joven llevando en los brazos una niña tan pequeña, pues para entonces ya había nacido su única hija Natalia.

Hasta que en 1780 don Bernardo de Gálvez, el antiguo director de la academia de infantería, ofreció al subteniente don José Fuertes la oportunidad de sentar plaza en el Regimiento Zamora y marcharse a América.

—¿América? ¡Ni lo dudes! —sentenció ella.

Un tercio del regimiento se quedó en Cuba, otro en México, y la familia Fuertes Aróstegui, con el tercio restante, se instaló en la Louisiana.

Al poco don Bernardo de Gálvez atacó a los ingleses y recuperó la Florida para España. La campaña culminó dos años después con el Tratado de Versalles, por el que las colonias inglesas del norte de América consiguieron naturaleza de nación, España borró el mal recuerdo de la Guerra de los Siete Años, y Gálvez conquistó la bandera de la fortaleza de Pensacola.

Y aquí es donde don José, incapaz de evitar su emoción, se engolfaba en el recuerdo del glorioso asalto de los granaderos españoles a las trincheras inglesas.

Quizás esta última parte no se ajustaba estrictamente a la historia, quizás ni siquiera hubo trincheras, ni mucho menos asalto, pero un relato tan épico justifica a los vencidos y conviene a los vencedores, incluyéndole a él, cuya gran aspiración era mandar la compañía de granaderos de su regimiento.

Lo cierto es que don Bernardo se quedó como trofeo la bandera inglesa, don José consiguió una mención honorífica y el ascenso al grado de capitán, y finalmente ambos, Gálvez y don José, desfilaron con George Washington por las calles de Yorktown en reconocimiento a la aportación española a la lucha por la independencia de lo que después se llamaron los Estados Unidos de América.

Don Lázaro Aróstegui

En 1783 el capitán don José, su esposa Catalina y la niña Natalia, que para entonces ya tenía cinco años, se desplazaron a La Habana con Bernardo de Gálvez, aunque este último con el nombramiento de Capitán General.

La Cuba a la que llegaron era como una gran plantación con un poderoso sector azucarero en expansión y su capital el puerto más importante de la América Hispana, escala obligada entre ambas orillas del Atlántico que, desde el Real Decreto de Libre Comercio de 1778, estaba experimentando un crecimiento económico del 400% anual, gracias a la mano de obra esclava procedente de África. Y aquí es donde comienza la historia del segundo Aróstegui, don Martín junior, hijo y sucesor del abuelo Martín que, apoyado también por el poderoso sector vasco navarro, fundó la Real Compañía de Cádiz para el Asiento de Negros Bozales (los no nacidos en cautividad) consiguiendo el monopolio para las Antillas, con el compromiso de importar unos 15 mil esclavos en 10 años, a 40 pesos por cada «pieza de indias», que es como se denominaba la unidad contable a efectos hacendísticos. Para compensar los gastos del transporte «junior» se benefició de una licencia que le permitía importar tres barriles de harina por «cabeza» exentos de impuestos y aduanas y la garantía de pago de los compradores con la firma de una hipoteca por el monto al formalizar el escrito de compra, unas condiciones que facilitaban el contrabando, la práctica ilegal más frecuente y más lucrativa de la América hispana².

En toda familia existe un hijo de puta oficial y los Aróstegui tenían el suyo, el primo Lázaro Aróstegui, un pura sangre metido en la veintena, guapetón,

2 El asiento de negros, denominación que recibía el monopolio del comercio de esclavos, lo sustentaba la corona inglesa, gracias al tratado de Utrecht, comprometiéndose al transporte de 4.800 negros anuales durante 30 años, por tanto 144 000, correspondiendo el 25% de las ganancias a las coronas inglesa y española y el otro 50% a la South Sea Company, la compañía exportadora. El primer asiento español lo obtuvo la familia Aróstegui.

con modales de señor español y atractivo caribeño, que hablaba con acento meloso y trataba a las damas con sonrisa encantadoramente blanca, y al que no le faltaba ni una actitud decidida ni dureza en los nudillos.

Don Lázaro, que para entonces ejercía de capitán de un barco, al enterarse de la naturaleza del contrato ofreció sus servicios al tío Martín junior, y este por aquello de la sangre y por la necesidad de hombres de confianza en un negocio tan delicado le consiguió el mando del Charlestown, un navío de tres palos matriculado en Nueva Inglaterra con capacidad para trasportar 160 esclavos, armado con cuatro cañones en cubierta y dos más en proa y popa, todo un pasaporte para esas aguas del Atlántico infectadas de contrabandistas, piratas y barcos con bandera de conveniencia dispuestos a hacer el curso incluso en tiempos de paz.

Don Lázaro se instaló en Fernando Poo³ a esperar a los barcos que llegaban de la desembocadura del Níger y comprarles su cargamento a mejores precios que en destino, ahorrándose los costos de los largos meses de permanecer anclados hasta completar su cargamento humano y las muchas pérdidas en negros y marinería producidas por las fiebres, el escorbuto y los castigos corporales necesarios para mantener la disciplina, activos a añadir al gran tonelaje de su embarcación que le permitían trasportar otras mercancías, además de beneficiarse de las condiciones del asiento de tío Martín junior, y todo ello sin haber intervenido físicamente en este comercio, que es de lo que se trataba, porque en todo el Caribe se podía ser armador de un barco dedicado a la trata, accionista de una compañía, dueño de una plantación o simplemente tener esclavos, pero sin mancharse las manos.

También doña Catalina se dio cuenta de las posibilidades que ofrecía La Habana, y más para su marido, que desde lo de la Florida don Bernardo de Gálvez le miraba con buenos ojos.

—Esta es América. Nuestra América —lo palpaba. El problema era cómo conquistar el Dorado.

Tampoco don José era ciego. Amaba su carrera y recorría las fortificaciones del Morro, del Castillo de Atares o del Príncipe, tomando buena cuenta de que 180 piezas de artillería y una guarnición de 3400 soldados necesitaban de gente entregada, y como estaba en la edad en la que todavía prima la vocación sobre cualquier otra ambición, y el honor de servir sobre el de conseguir, soñaba con el mando de la compañía de granaderos del batallón, como primer paso hasta el estrellato, las charreteras de coronel.

3 La conquista de las islas de Fernando Poo, en manos portuguesas, obedeció al intento de Calos III de controlar la ruta de la trata y el principal puerto para el abasteciendo de los barcos negreros que hacían la trata en el golfo de Guinea.

—¿Sabes, hija? —contaba a la pequeña Natalia—, el granadero es un soldado destacado, y no solo porque debe tener una altura y un vigor determinados —y apostillaba irguiendo su figura un poco más de lo habitual, para admiración y deleite de la pequeña—. Deben ser buenos tiradores y tener un valor acreditado, porque su lugar natural es la primera línea de batalla. Por este carácter de fuerza especial lucen un distintivo, la gorra granadera, un tocado alto provisto de una manga posterior blasonada con el color y el escudo del regimiento, que se prolonga con una borla que llega a la altura de los hombros.

Y a su mujer:

—Mi sueldo se incrementaría en 100 reales.

Aunque ella, pasada ya la fase de reproches y de mostrarle sus ropas pasadas, las paredes de la casa desnuda o los ecos rebotando por los rincones de la despensa, se limitaba a contestar con una sonora pedorreta, gesto que significaba todo un discurso.

—¿Qué se puede hacer con un sueldo de apenas 500 reales cuando una libra de jamón cuesta 3, y 12 onzas de arroz, y otras tantas de tasajo, 1 real?⁴

Y encima él era uno de los oficiales que don Bernardo había señalado por su excelencia. Si al menos aspirase a ocupar un puesto en la contaduría o en la intendencia.

—Ya se sabe lo que hay en el ejército —apuntaba doña Catalina, señalando la suerte de tal o cual compañero.

—¡Un sinvergüenza! —exclamaba el otro, ofendido.

Y hubiesen seguido así, en este tira y afloja, mitad amor, mitad desilusión, cuando finalmente doña Catalina recordó que era una Aróstegui, de la rama pobre, pero a la postre sobrina nieta de don Martín; y un día de mañana se plantó en la calle Tocón, donde vivía el tío Martín junior.

Como era de esperar el negrero no estaba en casa, al menos para ella, aunque tal circunstancia no la desanimó y poco después volvió a intentarlo. Ese día tampoco estaba don Martín junior, pero si su sobrino don Lázaro Aróstegui, que se apresuró a saludar a la prima de España.

—¿Así, que tú eres hija de...? —le preguntó tuteándola, sin que ella acertara a discernir, si le estaba marcando las diferencias sociales, o condescendía con

4 La base del sistema monetario español era el real de plata, existiendo monedas de 1/2, 1, 2, 4 y 8, esta última, el famoso «columnario» o «peso» en América, por su estabilidad y ley, era sinónimo de moneda fuerte y divisa universal, siendo utilizada por los Estados Unidos como moneda propia hasta 1794 con el nombre de *globe dollar*, la esquematización de su envés donde estaban representadas las dos columnas de Hércules con la banda que las rodea, dio lugar al símbolo de dólar. 1 Real de plata equivalía a 34 maravedíes, moneda de cobre fraccionaria de las que había de 1, 2, 4 y 8. 16 Reales de plata equivalían a una onza de oro, «la Pelucona».

los lazos de sangre, pero ni lo preguntó, ni vaciló al contestar con un trato igual entre gentes iguales.

—No, no soy de la rama de Cádiz, soy de Madrid, por tanto prima hermana «tuya» —sin ahondar en más, pero advirtiendo ahora la insistente mirada que don Lázaro, mujeriego acreditado, dedicaba y, ¡con qué descaro!, a su canalillo.
¿Debería ofenderse?

Lo mejor era adaptar su estrategia, así que llenó el pecho de aire y un poco en inspiración forzada, y un mucho con la espalda erguida y hasta arqueada, siguió muy interesada en la conversación.

Volvieron a verse. Esta vez fue un domingo en el paseo. Ella iba del brazo de don José que por ser la fiesta del Señor vestía su uniforme «de blanquillo» con casaca y calzón immaculado (pues buena era ella con la limpieza) vueltas de las mangas, galones, cuello y chupa del color negro del regimiento, botas de cuero, y tricornio también negro, adornado con la cucaña roja distintivo del ejército español, broche de un soberbio hibisco de este color.

Don Lázaro se acercó zalamero a besar la mano de la dama y a saludar al marido de su prima. En esta ocasión el militar ni se molestó en descubrirse, se limitó a amagar una reverencia con la cabeza azotando al viento con su hibisco.

La tercera vez también fue en domingo, y los tres se soportaron al atardecer bajo los tilos de la Alameda de Paula, mientras contemplaban cómo se escondía el sol tras los baluartes del Castillo de la Punta guiñando colores de fuego y plomo a la bahía habanera, que a estas horas aparecía plena de mástiles y de olor a brea.

Aquella tarde de repasar nombres de allende los mares y de exaltación de los lazos de sangre terminó en la calle Mercaderes, una hermosa avenida de cuatro cuadras poblada de escaparates donde se exhibían los bellos mantones de Manila que tan bien lucía la élite local femenina.

—¿Cómo las Aróstegui?

—A ninguna les puede faltar, Catalina —respondió don Lázaro, recorriendo su anatomía con una mirada como para sonrojar a cualquiera.

Esa noche el matrimonio no se encontró en el lecho.

Don Lázaro hacía tiempo que sopesaba la posibilidad de un golpe de efecto en su negocio, donde había tal demanda de esclavos que ni siquiera el aumento del contrabando lograba satisfacerlo. Con el conocimiento que tenía de las costas cubanas y de las prácticas corruptas de la administración, se planteó una operación a gran escala en la que, paradójicamente, resultaba imprescindible gente de honorabilidad probada, como don José. Movié hilos y al cabo de un tiempo se descolgó con una buena noticia:

—Conozco a alguien que podría ofrecer a tu marido un destino interesante —le contó a Catalina.

¿Empezaba a funcionar el apellido Aróstegui?

Apenas tuvo que solicitarlo porque, como era público, el capitán Fuertes era uno de los oficiales señalados de Gálvez, y ese alguien inmediatamente accedió a su petición. O al menos así lo entendió él, y así intentó hacérselo ver a su mujer.

—Es un área costera por la que está entrando abundante contrabando —le dijo el superior. Señalándole detalladamente la ruta que utilizaban los contrabandistas para trasladar su mercancía hasta La Habana, los días que solían hacerlo, incluso el nombre de los hacenderos locales que facilitaban el tránsito por sus tierras—. Usted va a ser la máxima autoridad de la zona —y para remarcar la importancia de su misión, le confesó que sospechaba que algunos oficiales que le habían precedido se habían retirado enriquecidos, para concluir que «desgraciadamente», así, con coletilla, no se podía investigar.

—José, cariño, es un destino ideal. Supongo que te habrás dado cuenta de ello. Tienes todos los datos.

Don José lo entendió a su manera y cumplió tan escrupulosa y eficazmente su misión que al poco había disminuido tanto la actividad que era evidente que los contrabandistas habían decidido buscar otras rutas.

—¿Lo ves, mujer? —se jactaba orgulloso de su buen hacer—. Nos ha llegado nuestra oportunidad.

—Sí cariño, sí —contestó decepcionada—. Ahora que has cumplido con tu deber, como «nadie hubiese sido capaz de hacerlo» ahora a esperar tu nombramiento de capitán de granaderos, ¡y hasta quién sabe!

—Y hasta las charreteras de coronel —contestó él soñadoramente.

Aquella noche sí fue como las de antes, de contrición, confesión y cumplida penitencia. Pero al domingo siguiente, don José, que como siempre llegó tarde a misa, pudo ver que doña Catalina rebosaba españolidad ataviada con peineta de carey y mantón de Manila de fleco largo que, con vaivén de habanera, le acariciaba su grupa de potranca, monopolizando en el paseo las miradas de toda la guarnición.

No preguntó de dónde salían tales prendas. Se limitó a contemplar a su mujer que devotamente repasaba las cuentas de su rosario de plata mientras que a su lado don Lázaro seguía respetuosamente la misa compartiendo el misal con la dama.

Aquella fue la primera noche que llegó a su casa tarde y borracho.

—Del círculo militar —se excusó

Al amanecer ascendió a la «gatera», al desván de la casa, e hizo pagar su rabia a la mucama, la mulata de pechos chiquitos y ojos asustados que cuidaba de Natalia.

Al poco don Lázaro, con la zona libre de bandidos y guardacostas, y una vez eliminados todos los competidores, desembarcó un importante alijo de mercancías. La primera de otras muchas en esta área.

Pero a pesar de que parecía que había encontrado su filón de oro don Lázaro no acababa de estar contento. ¡Tenía que lavarse tantas veces las manos! Y ni aún así lograba quitarse de sus dedos el tacto de la piel morena, ni de su nariz ese olor a sudor que le invadía las entrañas.

—Hay que aguantar —se dijo, dándose ánimos para su próximo viaje.

No obstante, o quizás por ello, una vez en La Habana copita de ron y taza de café cargado en las terrazas de la Alameda de Paula, un poco de humo de un buen cigarro habano, y sexo mucho sexo. Pero como él era poco amigo de burdeles y además era un señor de esos que en España, del rey abajo, mantenían «casa chica» con señora de marido despistado, la cama de Catalina era una buena elección.

«¿Merece la pena también esto?», se preguntaba cuando el color de las sábanas dejó de ser una sorpresa y el abrazo un arrebato.

«¿Pero dónde buscar otro antídoto ante tanta soledad y tanta falta de virtud como se estaba exigiendo?».

Cuando la debilidad se le hacía amenazante, entonces a la hora de la comida, cuando solo la familia se atreve a ignorar los convencionalismos, se acercaba a la calle del Tocón a intercambiar una larga conversación con tío Martín junior que también tenía el hábito de lavarse continuamente las manos, y después al volver a su casa ya se sentía mejor.

«Aguanta, aguanta», se repetía consciente de que el negocio empezaba a resentirse y que los grandes santones, como el tío Martín junior, estaban meditando muy seriamente cambiar de ocupación.

El detonante definitivo llegó cuando se conocieron las normas de seguridad que acababa de lanzar el almirantazgo inglés obligando a sus negreros a navegar con un barco de tres toneladas por cada cinco negros bozales trasportados, y un marinero por cada diez.

—Se auguran malos tiempos para los ingleses.

—El futuro es para los norteamericanos. Es un país neutral recién llegado al mercado, con una flota diseñada *ad hoc*, y unas necesidades crecientes en sus algodones del Misisipi y en las destilerías de Nueva Inglaterra —contestó don Martín junior—. Pero para mí ya llega tarde. Me retiro.

—¡Ahora!— exclamó don Lázaro. Recogiendo el testigo de su tío en la Real Compañía de Cádiz para el Asiento de Negros Bozales.

Guardó en el baúl de los «mañana veremos» todas sus especulaciones sentimentales y se echó de nuevo a la mar, pero esta vez ya no se quedó atracado a la espera de clientes en la isla de Fernando Poo, ahora lo quería todo y se dirigió a las fuentes de la trata, al Golfo de los Eslavos, la zona entre el Níger y el Croos.



La familia de Rufino

Antequera la verde, la capital de Oaxaca en el virreinato de la Nueva España, con apenas 19.000 habitantes, de ellos 10.000 españoles peninsulares o criollos y el resto indios y algunos negros, debía su sobrenombre al color de la piedra de la cantera de Santa Lucía del Camino empleada en la construcción de la catedral y de sus edificios más señeros, el resto eran casas de adobe enlucidas por un estucado pintadas de colores, con balcones enrejados y puertas de madera, dispuestas en largas hileras conformando las típicas cuadrículas de la ciudad colonial.

En los años ochenta estaba en pleno *boom* económico gracias a su producto estrella, la grana o cochinilla, el parásito del nopal o tunera⁵ de cuya sangre se obtenía el color rojo tan apreciado por la industria textil, constituyendo el tercer producto en la economía de la Nueva España, después del oro y la plata, y como los otros dos, un monopolio real.

En el mundo de la agricultura los alcaldes mayores tenían a su cargo la protección de los indios y el cobro de impuestos en los pueblos de su jurisdicción, previo depósito de una fianza que garantizase su pago; estos funcionarios eran reclutados entre militares de baja graduación y administradores de bajo poder económico, por lo que al carecer de recursos tenían que recurrir a un fiador, los llamados «aviadores» un gran comerciante, que a cambio de adelantarles la fianza y garantizarles sus salarios, les exigían por contrato que vigilase sus intereses mercantiles en sus distritos, asegurándose la venta y distribución de sus artículos y la compra a bajo precio de los principales bienes de exportación, como la cochinilla, producidos por los indios.

⁵ Nopal o tunera, planta cactácea, cuyo fruto es la tuna o higo chumbo y sus tallos denominados pencas o cladiolos son planos, ovales y de color verdoso con espinas. De su parásito, el *dactylopius coccus*, también grana o cochinilla, se obtiene el ácido carmínico, el E-120 utilizado como colorante en cosmética y en la industria alimentaria para teñir de rojo alimentos y bebidas.

Don Antonio de la Rica era un leguleyo venido hacía años de las lejanas montañas de Santander al reclamo de unos familiares, uno de los muchos apellidos cántabros que habían prosperado en el comercio, y gracias a ello y a sus relaciones de consanguinidad y matrimoniales acaparaban los puestos de la política.

Como a don Antonio no le faltaban ni listeza ni arranques se situó de administrador de doña Nicolasa Ramírez y San Román, la señora cacique de Jalatlaco, un rancio señorío creado por Hernán Cortes cuando el primero de tal título, y con él sus indios, se convirtió a la fe del conquistador recibiendo a cambio el cacicazgo de sus dominios, una institución en todo similar a los mayorazgos de Castilla, adscrito al linaje y por tanto indivisible e inalienable.

Doña Nicolasa, una noble viuda de sangre india, grandes ojos negros, pelo azabache y porte elegante, vivía alejada de Antequera en una hacienda situada al otro lado del río Jalatlaco, pasado San Ángel, un pueblecito que en tiempos fue el solar del cacicazgo y hoy se limitaba a ser un conjunto de 80 chontales levantados en torno a su iglesia dedicada a San Martín y a su viejo palacio, un caserón de piedra cedido para ser utilizado como ayuntamiento de indios.

Aunque el río parecía constituir una frontera geográfica entre Antequera y sus dominios, apenas lograba ponerlos a salvo del voraz apetito del cabildo, cuyo crecimiento presionado por una emigración creciente y limitado por sus lindes con las tierras del marquesado de Hernán Cortes, solo podía realizarse a expensas de tierras que dejaban vacías epidemias y miserias o por los baldíos de las grandes haciendas.

Y en esto estaba cuando conoció a don Antonio, necesitando de la energía de un hombre capaz de mantener sus dignidades, y de paso sus necesidades de viuda joven, así que decidió contar con los servicios de ese peninsular tan listo que le habían recomendado.

—Qué lástima, con lo feo que es el condenado, ¡qué le vamos a hacer!

Don Antonio cubrió (solamente) sus requerimientos legales y dividió los límites de sus tierras en terrazgos que entregó libres de impuestos y en usufructo de por vida a los correspondientes terrazgueros, a cambio de que trabajasen otra extensión igual y de seguir prestando los servicios debidos a su título, aunque para mantener la condición inalienable del cacicazgo debían ser retornados al mismo a la muerte de la señora.

—Y ahora que ellos defiendan los límites.

También se ocupó de su segunda necesidad, la nefasta influencia del arcediano de la catedral y los dispendios penitenciales con los que la señora pagaba sus deslices amorios. Don Antonio logró una capellanía, un altarcito para la Iglesia de su pueblecito de San Ángel donde situó a un vicario para que cele-

brase sus misas y le oyese en confesión a cambio de la congrua, la renta mínima necesaria para mantener dignamente un oficio eclesiástico o capellanía, en este caso 200 pesos vitalicios obtenidos tras depositar en el cabildo la cantidad de 4000 al 5%.

Una vez solucionados sus pleitos legales y sus necesidades espirituales y penitenciales, se enfrentó al último problema.

Rufino y su mujer Rosa, eran peones de su hacienda, una categoría inferior a la de terrazguero, indios de talla menuda, vejez prematura y piel tallada de reseco y soles, que a cambio de una peonada de dos reales por jornada de sol a sol y unos cuartillos de maíz por semana, debían trabajo y servicios. Un día don Antonio se acercó a su casa y les entregó un niño.

—Ahora tenéis un hijo.

A cambio les asignó, ¡en propiedad!, un pedazo de tierra cuadrado de 24 varas de lado, como tantos otros que poblaban torrenteras, quebradas y tierras lamidas de fuego donde crecía la tuna o nopal, pero que a Rufino le liberó para siempre de la servidumbre del peonaje. Rosa le acogió sin indagar de dónde venía ese fruto del pecado, aunque preguntó con inocencia:

—¿Y cómo sabrán los demás que este niño es nuestro?

—Y qué más da, mujer, todo el mundo sabe la verdad.

—No vaya a ser... —insistió desconfiada.

—Haced lo que queráis —respondió don Antonio.

Al día siguiente Rufino se lo llevó a la iglesia de San Ángel para bautizarlo e inscribirlo en el registro y cuando le preguntaron: ¿Cómo se va a llamar?

—Su nombre es Guadalupe.

—Vale —aprobó Rosa. Y todo San Ángel fue testigo de cómo se sacó la teta y tras estrujarla en la boca del neófito, dijo: «ahora ya tenemos un hijo».

Poco después Rufino trazaba en su terreno 15 surcos paralelos, como tirados a cuerda, de un brazo de separación, y excavó en cada uno 24 hoyos donde sembró otras tantas estacas de nopal, de esas que llaman «de castilla», de verde subido que dan una penca de piel fina y escasa en espinas, las mejores si se tiene cuidado, y Rufino se esmeró en ello, chapodándola, o lo que es lo mismo, liberándola a golpe de machete de pencas amarillentas y frutos que pudiesen robar los nutrientes a las cochinillas, limpiándolas después de hierbas y malezas, un trabajo delicado que exigía ser cuidadoso para no dañar sus raíces y secar la planta. Y al cabo de tres años su tunera o nopalera apareció preñada de grana, unos gusanitos ovales de unos 8 mm de tamaño, color rojinegro y abdomen estriado, que se afanaban a la vida adhiriéndose con su aguijón a la penca del nopal.⁶

⁶ En este libro se expone el conocimiento que en ese momento histórico había del nopal y de la cochinilla, muchos de ellos hoy revisados.

También prosperó don Antonio que, gracias al apoyo de la señora, entró en la sociedad mercantil de Antequera y consiguió el nombramiento de Alcalde Mayor en el cacicazgo de la señora, entrando como actor principal en el procedimiento que se conocía como *repartimiento*, claro que al 50% con ella.

Al comienzo de la temporada agrícola la Real Tesorería hacía a los alcaldes mayores la correspondiente libranza para que se lo adelantasen a los agricultores, para que, a cuenta de la futura cosecha, adquiriesen animales, semillas, herramientas, y otros productos de consumo para todo el año. En el caso de la cochinilla, por ser un monopolio real, el sistema exigía que el comerciante que quisiese adquirir el producto, depositase antes el dinero en la Real Tesorería para que desde aquí se hiciese la correspondiente libranza al alcalde que, tras satisfacer los créditos pendientes de la campaña anterior, adquiriría a los productores la cochinilla para remitírsela al primero. A la postre los alcaldes eran los que marcaban los precios, comprando a la baja y vendiendo al alza, y eso sin contar con que las mercancías que llegaban con destino al repartimiento, como animales o utensilios, que no pagaban impuestos, ellos lo aprovechaban para incluir en el lote productos de contrabando.

Todo esto ocurría antes de que el capitán general don Bernardo de Gálvez fuese nombrado virrey de México.

Capítulo 2

Antequera de Oaxaca

Cuando Bernardo de Gálvez llegó a Nueva España llevaba en su equipaje la Ordenanza de Intendentes que preconizaba su tío, el visitador don José Gálvez, por la cual, y siguiendo el modelo territorial que estaba permitiendo a Europa entrar en la edad moderna, México se subdividió en Intendencias, un espacio jurisdiccional, político y administrativo a cargo de un Intendente y de una administración profesionalizada y pagada directamente por las arcas de la corona, acabando así con la recaudación de impuestos por los alcaldes y la compra de oficios en la Real Hacienda y en la Audiencia por los criollos. Lamentablemente, dada la visión absolutista y centralista de los Borbones, al reservar dichos puestos a los peninsulares, el criollaje tendría que limitarse a ejercer la política en cabildos y ayuntamientos, lo que creó un sentimiento de discriminación que derivó en desafección a la metrópoli y en la exaltación del nacionalismo, una de las causas principales que contribuyeron a la independencia de América.

Don Bernardo se trajo de La Habana a la familia Fuertes Aróstegui, aunque lamentablemente para don José sin su ansiado destino en la compañía de granaderos del regimiento Zamora, que hacía tiempo había vuelto a España para seguir haciendo historia, a cambio como su honradez era tan proverbial, le confió las funciones de inspección en Antequera, y de forma ex profesa el traspaso de las funciones de los alcaldes a los funcionarios de la Real Hacienda.

¿Y qué sabía don José acerca de ese parásito, excepto que de su sangre se obtenía la grana, el tinte de color rojo máspreciado en la industria textil? ¿Y qué otra cosa necesitaba saber si lo había dispuesto don Bernardo? Así que colgó en la panoplia de la añoranza la espada que empuñó en Pensacola, y en la de la frustración su gorra granadera, y se vino con su familia a su nuevo destino dispuesto a poner todo su empeño en tal misión.

¿Y doña Catalina?

Ella solo se dejó en la Habana las sábanas de don Lázaro y el brillo que

orlabo el apellido Aróstegui. ¿O quizás hubo más corazón?; es posible, pero en todo caso la melancolía de los atardeceres y los paseos bajo los tilos se compensaban con el porvenir que adivinaba a su marido.

Antequera estaba subdividida en ocho cuarteles, con un total de 26 barrios nominados con el nombre de su iglesia parroquial. La «gente de bien», comerciantes, alto clero, administración (casi todos peninsulares) y hacendados (la mayoría criollos) vivía en los cuarteles 1º, 3º y 5º, los restantes estaban ocupados por una población que empezaba abandonar el campo para integrarse en las tenerías de Jalatlaco o en los telares de Xochimilco.

Naturalmente la familia Fuertes Aróstegui se estableció en el 3º cuartel, en la plazuela del Rosario, junto al Carmen Alto de los carmelitas descalzos, sobrenombre con el que se diferenciaba del Carmen Bajo dedicado a la devoción del pueblo más humilde. En este mismo cuartel estaban el zócalo con la catedral, las casas del cabildo y la Audiencia.

¡Ah! Y también la caja del agua donde se recogía la que traía desde el cerro de San Felipe el acueducto del mismo nombre.

El primer recuerdo que guardaba la niña Natalia de su amada Antequera se remontaba al primer domingo después de su llegada, ese día conoció a Guadalupe.

La familia Fuertes Aróstegui acudió a la Catedral de Nuestra Señora de la Asunción a oír a la misa mayor. Entraron por la puerta de la Misericordia, y su madre, tras otear la nave de la iglesia, donde una barandilla de hierro forjado ricamente enjazzado por un jardín natural de flores formaba un pasillo central que aislaba las naves del evangelio del de la epístola, se dirigió con paso resuelto hacia los bancos de la primera fila de este último lado, tras concluir que la gente de su rango debería tener un lugar reservado. Se santiguó al pasar por la capilla de Santa Rosa de Lima, un segundo para una corta oración en la de San José, por aquello de... y tras una genuflexión ante la imagen dorada de la Virgen, se sentó, no sin antes indicar enérgicamente su sitio a Natalia. Cuando estaban a punto de comenzar el acto religioso entró en la iglesia una respetable dama en la treinta, figura gallarda y porte elegante vestida rigurosamente de negro, uno de esos lutos eternos que se guardan, en este caso a un marido fallecido hace muchos años, y se dirigió al presbiterio donde se acomodó en el lado del evangelio, en un sillón forrado de carmesí; de pie y un paso más atrás, se colocó ununtuoso señor que derrochaba modales de respeto e intenso olor dulce a flores ignotas, y a su lado un joven indio de unos trece años, cuerpo nervudo y cara de listo, vestido con un huipil bordado con un escudo nobiliario.

—¿Quién es? —preguntó la doña a su marido.

—Es doña Nicolasa Ramírez y San Román, la señora viuda del cacique de Jalatlaco, y el que está a su lado es su administrador y actual alcalde mayor de las tierras de su cacicazgo, don Antonio de la Rica —aclaró él.

—¿Y el chico? —se interesó Natalia.

—¡Qué más te da, hija! —contestó su madre—. Será su paje.

Y nada más, salvo que en el evangelio el sacerdote anunció que ya se habían liberado los medios procedentes del Repartimiento y que consecuentemente ya se podía hacer la gran compra anual.

Terminada la misa la señora cacique salió de la iglesia recorriendo el pasillo de respeto que le formaron espontáneamente los asistentes, y al pasar por delante de la familia Fuertes-Aróstegui dirigió a don José una sonrisa amistosa, para sorpresa de su mujer, extrañada con la rapidez con la que su marido había contactado con la gente.

Poco después, cuando don Antonio se liberó de su obligación de escoltar a la señora, se acercó a saludar a don José y familia y de paso presentar a la suya y ponerse todos a la disposición de los recién llegados, incluidos una niña de la edad de Natalia, a la que esta ignoró, porque su atención estaba centrada en el indio joven que seguía al lado del leguleyo.

—¿Eres su paje? —le preguntó a Guadalupe.

—No guapa —aclaró don Antonio—, es un joven al que la señora cacique distingue de los demás.

Y ya no dio más de sí el día del Señor. Ni tampoco daba para mucho más la vida social en Antequera.

Por el camino de vuelta a San Ángel Guadalupe le dijo a su padre:

—No volveré a llevar esta prenda.

—Caramba con el chico —exclamó para sus adentros sabiendo que cuando tomaba una decisión era definitiva.

Al llegar a casa, Rufino anunció a la familia, ahora acrecentada con una hija, Rosita de la edad de Natalia, que ya podían «asemillar» la tuna y que mañana él y su hijo irían a hacer las compras correspondientes.

La tienda de San Ángel estaba en la plaza y la regentaba un gachupín extremeño desdentado y mal afeitado, aunque todo el mundo sabía que pertenecía a la cacique, pero el que la mangoneaba era don Antonio, y ahí fueron a hacer su mandado. Harina, tasajo y frijoles para todo el año, algún que otro utensilio y, ¡ah!, como el nopal estaba reventando de granitos rojos, un vestidito de flores, muy lindo, para la mujer.

—¿Y para mi hermana Rosita? —preguntó Guadalupe.

—Ella tendrá que esperar —aunque Rufino temía que su mujer, un año

más, se apresuraría a cambiar su regalo por, ¡Dios sabe que!, una telita y unos lazos de colores para su hija, y quizás un poco más de manteca.

—¿Y todo a cuenta de la grana?

—Todo hijo, todo, ¿y de qué otro sitio lo podemos sacar?

—Mire padre, que se me hace que es poco y que nos están engañando.

Demonio de chico ¿Acaso alguien le había enseñado a hacer cálculos?

—¿A cuánto nos la pagan, padre?

Para qué contestarle que el gachupín de la tienda, todos los gachupines de todas las tiendas, tenían atados a los indios. ¿En qué otro sitio se podía comprar a crédito? Un poco a cuenta, otro de interés, otro de... que se van sumando conceptos. Y siempre queda la cuestión más importante, ¿a qué precio se pagará este año la grana?, que no será el precio marcado por la administración. Y ya no quiso aclararle más las cosas, ¿para qué?, la vida ya le irá enseñando.

—¿Y nunca protesta nadie?

—Dicen que una vez nuestros padres se sintieron tan engañados que al llegar la noche cortaron sus nopales y dejaron la zona yerma, llevándose después toda su cochinilla en cestos para plantarla en la sierra.

Rufino contaba historias como esta, sin acritud, evitando acentos de rencor o reproche, porque tampoco quería que su hijo creyese que le faltaba sangre, por eso siempre terminaba con la misma coletilla «hay que saber esperar. La virtud del indio es la paciencia».

¡Demonio de chavall! ¡Quién le habrá enseñado! ¡Qué pronto ha sabido ver los problemas de los pobres!

A la mañana siguiente, como cada principio de ciclo y como siempre y para siempre, toda la familia fue a «asemillar» su tunera, colgando en las espinas de las pencas una especie de nidos hechos de pastle, un material parecido al heno obtenido del encino, donde colocaron 15 o 20 hembras. Luego, ya se sabe, trabajar para mantenerla limpia, y rezar para que las potencias celestiales la proteja de las lluvias que causan «el chamusco» el socarrado de las cochinillas por el vapor de agua desprendido, o del «chorreo», que es como se denominan los charcos y torrenteras del color de la sangre producidos por los parásitos desprendidos de la tuna, una contingencia que intentarán evitar colocando tejaditos sobre los nopales.

El trabajo de Rufino era duro, aunque todavía podía con él. Le ayudaba el tener a su lado a Guadalupe y su obligación de enseñarle y estimularle con su ejemplo, aunque para evitar que el chico se minusvalorase se detenía de vez en cuando, «para limpiarnos el sudor», y de paso impedir que se extremase intentando demostrarle sus facultades.

Tres meses después será el momento de cosechar la grana, para entonces

Rufino, provisto de una especie de cucharón de latón de media vara de longitud, deberá raspar sus nopales para desprenderles de lo que ahora pasará a llamarse grana fina. Tras seleccionar las primeras en nacer para destinarlas a simiente, las mujeres depositarán las restantes en unas amplias bandejas de barro formando capas de unos dos centímetros, que tras sacrificadas por diversos medios, serán envasadas en zurroneos de piel de toro, para venderse con la denominación de grana recia.

—Ten cuidado con la grana muerta —recomendaba a Guadalupe—. Se distingue porque al no estar adherida con el agujijón a la penca se desprende más fácilmente al rasparla

Y luego a las mujeres:

—Hay que separar las vivas de las muertas, que nosotros no nos andamos con fraudes mezclándolas.

